



HERMANO ROJO

EL «antes muerto que rojo» del hermano Blas Piñar es sumamente tranquilizador, si se tiene en cuenta que no hay posibilidad alguna de que el hermano se vuelva rojo, de forma que su vida será larga y podremos disfrutar mucho tiempo de su animada agitación de la vida nacional. Es tranquilizador con respecto a otras frases donde «rojo» y «muerto» se han mezclado frecuentemente, como aquella dulce de «el único rojo bueno es el rojo muerto». El «antes rojo que muerto» sustituye al «después de rojo, muerto», y en ello también se advierte un progreso hacia la conservación de la vida bastante notable.

Es una frase lapidaria —de lápida de mármol, de RIP—, puede tener imitaciones. Habrá quien diga «antes rojo que Piñar», y quien diga «antes Piñar que muerto». Las variaciones son muchas. De todas formas el problema de estas frases compuestas es que fallan por su premisa. No se puede preferir o preterir cualquier condición a la de

rojo, porque los rojos no existen. Jamás he oído a nadie declararse rojo. Ni en la más estricta soledad. He oído a veces que se lo llamaban a alguien, y ese hermano alguien ha emprendido veloz carrera. Antes correr que negar. Da mejor resultado. Pasa lo mismo con la palabra fascista. Si que en lejanos tiempos he oído a mucha gente considerarse fascista, pero hace muchos años que no tengo ese placer. De todos modos, aún no he oído a nadie proclamarse «antes muerto que fascista». Ni espero oírse al hermano Pi-

ñar. Hace muy poco tiempo que los hermanos que organizaban un congreso fascista proclamaban que no eran fascistas, con tanta vehemencia y tal vocabulario que realmente parecían fascistas, aunque basta su palabra para estar seguros de que no lo eran.

No habiendo rojos, porque nadie acepta serlo, ni fascistas, porque todos los fascistas niegan serlo, no se comprende bien el estado de efervescencia en que los piñaristas quieren situar la vida nacional. Sin duda lo que no les gusta es otras cosas. Otras personas. Piensa uno que por qué no lo dirán, y por qué dan sus lanzazos a los odres de vino —rojo— si se los quieren dar realmente a las cántaras de agua. Debe ser una forma de la retórica política. Y una manera más de añadir paredes de espejos al gran laberinto de la vida nacional. Espejos en los que se reflejan ellos mismos. Y se asustan. Y no encuentran salida para su propio laberinto. ■ HERMANO FRANCISCO.

